

MATRIMONIO DE LA VIRGEN

DÍA OCHO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Vocemus puellam et quaeramus ipsius voluntatem; cunq̄ue vocata venisset, seiscitati sunt: Vis ire cum homine isto? quae ait: Vadam.

Gen., XXIV, 5.

Domine qui habes omnium scientiam, tu scis quod nunquam lætata sit ancilla tua, nisi in te, Domine.

Esther, XIV, 18.

Ad te, Domine, oculos meos dirigo, tu scis quia mundam servavi animam meam ab omni concupiscentia.

Tob, III, 14, 16.

Nunquam cum ludentibus miscui me, neque cum his qui in levitate ambulant participem me præbui.

Ibid.

Adjuva me ancillam tuam, nullum aliud auxilium habentem, nisi te, Domine, qui nosti quia olerim gloriam iniquorum.

Esther, XIV, 14.

Domine, Pater, omne desiderium averte a me, et animæ irreverenti et infrunitæ ne tradas me.

Eccli., XXIII, 6.

Virum, Domine, cum timore tuo, non cum libidine consensu suscipere: sit nomen tuum Deus Israël benedictum in sæcula.

Tob, III, 18, 23.

Custodiet Dominus rectorum salutem, et proteget gradientes simplici ceter, servans sennitas justitiæ et vias sanctorum custodiens.

Prov., II, 7-8.

Initium sapientiæ timor Domini, et cum electis sceminis graditur.

Eccli., I, 16.

Sapiens mulier ædificat domum; mulier gratiosa inveniet gloriam.

Prov., XIV, 1.

Pars bona mulier bona. In parte timentium Deum dabitur.

Eccle., XXVI, 3.

Gratia super gratiam mulier sancta et pudorata, fundamenta æterna supra petram solidam, mandata Dei in corde mulieris sanctæ.

Eccle. XXVI, 19.

Multæ filie congregaverunt divitiæ, tu supergressa es universas. Fallax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum ipsa laudabitur.

Prov. XXXI, 29.

Mulieris bonæ beatus vir: numerus enim annorum illius duplex, mulier ortis oblectat virum suum, et annos vitæ illius in pace implevit.

Eccle., XXVI, 12.

Gratia mulieris sedulæ delectabit virum suum, et ossa illius impinguabit. Disciplina illius datum Dei est, Mulier sensata et tacita, non est immutatio eruditæ animæ. Sicut sol oriens mundo in altissimis Dei, sic mulieris bonæ species in ornamentum domus ejus, lucerna splendens super

canonica et sanctam; et species faciei super ætatem stabilem. Columnæ aureæ super bases argenteas, et pedes firmi super plantas stabilis mulieris.

Ibid., 16-23.

Christi generatio sic erat: Cum esset desponsata mater Jesu Maria Joseph, antequam convenirent, inventa est in utero habens de Spiritu Sancto.

Matth., I, 18.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Entraba en los designios del Señor ocultar por algún tiempo al demonio el secreto de la Encarnación. No porque debiese temer que sus obras sufriesen algún impedimento en su realización; sino porque quiere que el cumplimiento de su voluntad se vea tanta sabiduría como poder, como nos lo demuestran todas las obras en que le vemos emplear ciertas circunstancias favorables para conservar en toda su belleza y orden, la obra maestra de su amor, es decir, el misterio de la Encarnación. No sólo ha querido mostrarnos su poder, sino su infinita sabiduría; y creyó necesario disponer con suavidad cuanto hay en el cielo y en la tierra, alejando el espíritu de desorden para asegurar la paz de sus hijos. Antes de destruir los celos infernales, quiso darnos un grandioso ejemplo de humildad y moderación, de modo que por la admirable mansedumbre de su sabiduría se presentó á sus hijos con su infinita bondad, mientras se muestra fuerte y terrible con los que se declaran abiertamente enemigos suyos. (*Bernard. hom. 2 sup., Missus est*).

II. ¿Qué ventaja hubiéramos sacado de la victoria de Dios sobre el demonio, si hubiésemos seguido viviendo en el orgullo? No por otra razón se unió María en matrimonio con José, y se ocultó este santo secreto á los perros,

la presencia del esposo pone fuera de duda la virginidad, se pone á salvo el pudor de la virgen y quedan garantizados su honor y su reputación. ¿Puede haber más sabiduría ni verse algo más digno de la providencia de Dios? Por medio de esta admirable disposición se constituyó un testimonio para que en caso de necesidad se afirmasen las secretas maravillas que debían admirar al mundo; y se lanzaba así á un enemigo, dejando libre de toda sospecha la reputación de la virgen. (*Id. Ibid.*)

III. El Evangelio llama á José padre del Salvador, no porque en realidad lo fuese, sino porque Dios permitía que pasase por tal para poner á salvo el honor y la reputación de María. Cuando el autor inspirado le dió este título, no se olvidó de que María concibió por el Espíritu Santo y que dió á luz al Salvador sin perder su virginidad; sino que para conformarse con una ley de la historia, se refiere á la opinión general y dá á José el nombre de padre de Jesús. Aunque este nombre no le pertenece en virtud de su matrimonio con María, puesto que esta unión fué puramente virginal, no es sin embargo menos cierto que su cualidad de esposo le aproxima mucho más de este título que una simple adopción. Porque en este último caso no hubiera tenido el derecho de llevar el nombre de padre de Jesucristo, puesto que no lo había engendrado, pero hubiera sido en cierto modo el padre de aquel que sin ser el hijo de su esposa, hubiera sido sin embargo su hijo adoptivo. (*Hom. V. Bedæ in Luc. c. I.*)

IV. María lleva el nombre de esposa y de virgen, y es verdaderamente uno y otro. Es esposa y madre sin dejar de ser virgen, puesto que no conoció unión con hombre, ni tuvo contacto alguno carnal con su esposo. Justo es por lo mismo que se la llame sin titubear y con toda verdad: la santa Virgen, la bienaventurada Virgen, la gloriosa Virgen. (*S. Ildephon. I. de Virgin., c. I.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Causas del matrimonio de la Virgen.

Consideraciones prácticas acerca de la conducta que debemos observar.

I. Causas del casamiento de la Virgen.

Dios, dice San Gerónimo, quiso que María, que debía ser la madre de su Hijo, fuese casada:

1° Para que se pudiese saber que María era de la tribu de Judá y de la raza de David, porque entre los judíos no se conocía la genealogía de las mujeres sino por la de sus maridos: *Ut per generationem Joseph origo Mariæ monstraretur.*

2° Para que no se la acriminase por su embarazo, y para que no fuese apedreada por los judíos que ignoraban la milagrosa operación del Espíritu Santo.

3° Porque estando obligada por los decretos divinos á llevar al niño Jesús á Egipto, huyendo de la crueldad de Heródes que quería hacerle morir, era preciso que contase con el auxilio de su esposo durante el viaje y su permanencia en aquella tierra extranjera.

4° San Ignacio mártir añade una cuarta razón, dice San Gerónimo, y es la de que debía ocultar al demonio la concepción milagrosa del Mesías, quien según los oráculos, debía nacer de una virgen; lo que se le ocultaba haciendo de una mujer casada.

II Consideraciones prácticas acerca de nuestra conducta.

Esta consideración sobre el matrimonio de María nos demuestra claramente:

1° Que podemos santificarnos en el estado en que nos

ha colocado la Providencia, por lo que debemos darle gracias especiales.

2° Que debemos trabajar sériamente en santificarnos en este estado sea cual fuese, y no pensar en una perfección quimérica é imaginaria.

Llamo perfección imaginaria á la que soñamos transportándonos á una situación que no alcanzaremos jamás, y cuya idea sólo sirve para hacernos vivir disgustados de nuestra situación presente.

Llamo perfección quimérica á la que nos inclina á hacer un bien que no estamos obligados á hacer. Personas hay que se entregan á la práctica de ciertas devociones muy singulares, y que se desentienden de las más comunes. Las hay que entran en muchas cofradías sin cumplir con los preceptos del Evangelio; y las hay, en fin, que se muestran muy celosas por la perfección de los demás y no procuran corregir sus propios defectos.

ARTÍCULO V

Extractos y pensamientos diversos

I. Cuando la Virgen llegó á los quince años, pensaron darle un esposo digno de ella. Este proyecto de himeneo puso á María en una turbación extrema: esta alma tan elevada, tan pura, tan contemplativa, había adivinado el Evangelio, y la virginidad parecía el más perfecto, el más santo y el más apetecible de todos los estados. Un autor antiguo citado por San Gregorio de Niza, refiere que María resistió por mucho tiempo con demasiada modestia á acceder á la determinación que se le anunciaba, y que suplicó humildemente á su familia que consintiese en que llevase en el templo una vida inocente, exenta y libre de todos los lazos, excepto de los lazos del Señor. Su petición causó una grande sorpresa á los que disponían de su suerte. Lo que ella imploraba como una gracia, era la esterilidad, es decir, el oprobio, estado solemnemente maldecido por la ley de Moisés, era el selibato de una heredera única, es decir, la extinción total del nombre de su padre, pensamiento casi impío entre los judíos, que miraban como una desgracia insigne que su nombre no se perpetuase en Israel. Por lo que mira al voto de virginidad con que había querido enca-

denar su vida, no se había atrevido á considerarlo como un título, puesto que podía ser anulado por una decisión del consejo de familia. Se sabe que la mujer era *en todas partes y siempre*, tratada como menos, antes de la promulgación del código inmortal que la ha libertado gloriosamente de la *malición de la esclavitud*.

Las súplicas de la Virgen encontraron poca simpatía aun entre los sacerdotes de Jehová; no estaban al alcance de semejantes virtudes, y para esos hombres de penetración y de ciencia, el alma angélica y toda santa de María, era un libro herméticamente cerrado. Su pensamiento, que aventajaba á un siglo y contradecía las preocupaciones antiguas de su nación, permaneció incomprensible, y todo lo que pudo alegar, para defenderse de abrazar un estado que contrariaba sus votos más queridos, de nada le sirvió. Pero ¿cómo habría podido convencerlos, puesto que aun el mismo Dios estaba en su contra? Su matrimonio con un hombre justo, que debía dar testimonio de la pureza de su vida, sustraerla de las importunidades de los jóvenes hebreos, que habrían ido á buscar su mano hasta en el templo mismo, como lo nota San Agustín, y protegerla, ella y su Divino Hijo á la hora del peligro, entraba en las más secretas de la Providencia. Este era el único medio de ocultar el misterio de la Encarnación á las malévolas investigaciones de un mundo perverso, que habría tomado como texto dicho prodigio para desatarse en abominables conjeturas, y que habría llevado tal vez su falso celo hasta apedrear á la Madre del Salvador, como lo hizo más tarde con la mujer pecadora del Evangelio: porque los hebreos nunca contaron a la misericordia en el número de sus virtudes de predilección, y Dios les reprocha por boca de sus apóstoles haber *tenido el corazón tan duro como el diamante*. — Orsini, *La Virgen*.

II. Ahora, ¿cuáles fueron las razones de semejante matrimonio?

Son muchas. Si María hubiera llegado á ser madre de Dios fuera del matrimonio, en la condición de soltera, entonces hubiera quedado expuesto á la profanación el más augusto de los misterios cristianos, el misterio de la pureza por excelencia. La reputación de la Virgen de las vírgenes y del Santo de los santos hubiera sido la mofa de los impíos y el escándalo de los débiles. El sentimiento que había ya hecho concebir á José el designio de *dejar secretamente á María por no difamarla*, hubiera sido un sentimiento público, sin esta delicada discreción. Y la santidad del fondo no hubiera podido, en sí misma, justificar las apariencias, por cuanto las apariencias hubieran sido malas, y Dios nada hace malo. La ignominia de estas apariencias no hubiera podido contarse entre aquellas de que al Hijo de Dios le plugo cubrirse como víctima de los pecados del linaje humano, porque no hubiera provenido de los falsos juicios de los hombres, como los de la pobreza, la persecución, la condenación y el suplicio, sino de un justo sentimiento de honestidad y virtud que se hubiera levantado contra las doctrinas del Salvador. Por eso, tanto como abrazó Jesús los falsos oprobios, tan celoso y solícito anduvo en alejar de sí los verdaderos, en conservar su reputación de santidad, hasta lanzar al mundo este divino desafío que el mundo no recogerá jamás: *¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?*

A estas razones principales del matrimonio de la Virgen Santísima llegábase otras secundarias, pero no menos verdaderas, como las de dar un protector, un ayuda, un amigo á María; y un tutor, un padre, un contemplador á Jesús, en la persona de San José, cuya venerable y bella figura estudiaremos más adelante; colocar al Hijo de Dios, como él quiso y debió estarlo, en toda situación de *Hijo del hombre*, con un padre y una madre, con quienes viviese mucho tiempo, participando de sus trabajos y sometiéndolo á su obediencia, ofreciendo, finalmente, en esta humilde vida doméstica, el modelo y la santificación de la familia, del esposo y de la esposa, del padre y de la madre, del niño que es su lazo: "*La Santa Familia...*"

A la manera que un rey, dice felicisísimamente Dargentan, envía á su embajador á otro reino para que case con una princesa en nombre suyo: casa efectivamente con ella, y la princesa que se había prometido al rey se da á su embajador que representa su persona. Pero si contrae un verdadero matrimonio con él, es sin embargo de modo que no será ella poseída sino por el mismo rey. Este esposo de ceremonia y comisión recibe con gran respeto á aquella con quien se casa, y la conserva con fidelidad inviolable, como bien propio de su señor, sin aspirar á otra cosa que al honor de entregarla con la misma integridad que la recibió, en manos del rey su esposo. Otro tanto con leve diferencia sucede con el matrimonio de San José. Cuando la Virgen Santísima contrae con él, le pone en posesión de su castísimo cuerpo que había ella consagrado á Dios, por el voto de virginidad, pero ella sabe muy bien que no es para él, y si con él casa es sólo como con el embajador del soberano monarca, á quien se había prometido desde su infancia. Ciertamente es que San José es quien se une con ella en matrimonio, y quien será exteriormente su marido; pero en hecho de verdad, nunca será poseída sino por el Espíritu Santo que será eternamente su divino Esposo. De Él sólo concebirá á su Hijo único; por Él se hará Madre del Hijo de Dios; por su virtud nos producirá al Salvador del mundo. — (Nicolás, *La Virgen, según el Evangelio*).

III. Una vírgen concebirá y parirá. (*Isaías, 7.*) Pero era preciso velar la operación misteriosa del Espíritu Santo. Era preciso que el Judío grosero y carnal no se apercibiese de la fecundidad de María, que contrariaba sus miras miserablemente terrestres. Era preciso ocultar á los ojos de los hijos de los hombres el honor de la Virgen sin mancha, ocultar al demonio el misterio realizado de la Encarnación, hasta el día fijado por la sabiduría divina en que el Hijo de María, vencedor de la muerte y del infierno, tomase posesión de su mortal imperio.

San José realizó sólo todas las condiciones del divino problema y la Providencia le llamó á tomar parte en la obra inmensa de la redención y de la salud de la humanidad.

Ignorando todavía los grandes designios que Dios tenía sobre ella, la celeste María, ligada desde su infancia por el voto de una virginidad perpetua, no consintió en pasar á ser la esposa de José sino después de haber depositado en el corazón de su casto desposado el secreto que la encadenaba á conservar la virtud de los ángeles, y de haber encontrado en el corazón de este hombre justo el designio sublime de conservar él también

una pureza sin mancha á la sombra de una unión virginal.—(Combalot, *Grandezas de la Virgen*).

IV. Debemos fijar nuestra atención en un espectáculo que admira á la naturaleza toda. Hablo del matrimonio celeste destinado por la Providencia para ser el protector de la virginidad y dar por este medio Jesucristo al mundo. ¿Quién podrá guiarme en tan difícil empresa sino el incomparable San Agustín, que trata este misterio de una manera tan divina? Ved lo que nos dice este sabio obispo y no lo dejéis pasar desapercibido: En primer lugar, dice, hay en el matrimonio tres lazos. El contrato sagrado por medio del que se unen los esposos, dándose el uno al otro; en segundo lugar, el amor conyugal por medio del que se entregan mutuamente un corazón que no puede ya dividirse, ni arder en otra llama; y hay, en tercer lugar, los hijos que forman un tercer lazo, porque concentrándose, digámoslo así, el amor de los padres en el fruto de su matrimonio, el amor se liga con un nudo más fuerte.

Las tres cosas halla San Agustín en el matrimonio de San José, y nos demuestra que todo contribuye en él á conservar la virginidad. En primer lugar el contrato sagrado por medio del que se dieron el uno al otro, y en esto es en lo que más debe admirarse el triunfo de la pureza en la verdad de este matrimonio; porque María pertenecía á José y José á la divina María, de modo que su matrimonio era un verdadero matrimonio porque se dieron el uno al otro. ¿Mas de qué modo se dieron? Con pureza, y en esto está su triunfo. Se dieron recíprocamente su virginidad, y se cedieron mutuamente un derecho sobre ella. ¿Qué derecho fué ese? El de conservarla el uno al otro. Sí, María tiene el derecho de guardar la virginidad de José, y José el de conservar la virginidad de María. Ni uno ni otro pueden disponer de ella, y la fidelidad de su matrimonio consiste en guardar su virginidad. Tales son las promesas que les unen; tal es el contrato que les liga. Son dos virginidades que se unen para conservarse eternamente la una á la otra por medio de su mutua correspondencia de púdicos deseos. Párceme contemplar dos astros que no entran juntamente en conjunción sino porque sus luces se enlazan.—(Bossuet, *Paneg. de San José*).

V. ¿Quién me diera alas para volar como paloma, y volaré y descansaré exclama el rey David. El Antiguo Testamento sentó la cuestión, y sólo el Nuevo puede responderle por boca de María. Efectivamente, la virginidad es la que da alas al alma y la arranca de la tierra, la hace tomar el vuelo hacia el cielo, la sostiene en las alturas de la perfección, y por dulces comunicaciones la hace penetrar hasta el seno del mismo Dios, donde descansa con toda la confianza del amor satisfecho.

En el Antiguo Testamento, la virginidad voluntaria y perpetua, no sólo era rara, sino que era considerada como un oprobio, como lo atestigua el *Uanto* que vertió la hija de Jefe, no por su juventud cortada en su flor, sino por su virginidad, porque no dejaría tras de sí más que un nombre estéril y lleno de oprobio. Esta opinión común entre los judíos no puede explicarse sino por el deseo que tenían de ver la posteridad que debía ver el reinado del Mesías, que podía tener parentesco con cualquiera de ellos.

Mas he aquí que Dios destruyó todos estos cálculos de la sabiduría humana, valiéndose de María para que diese á luz el Mesías; y á penas, entre la inmensa posteridad del pueblo de Dios, entrarán en su reino algunos millares de almas, siendo así que el mundo entero formará la nación santa. Pero para que esto suceda, deberá sobreponerse una joven á todas las preocupaciones de su país; María será esa joven generosa.

Once años hacía que vivía en el templo, libre y dueña de sí misma por la muerte de sus padres. El consejo de sacerdotes la llamó para que contrajese una unión, y pasó á ser la esposa de un artesano de Nazareth llamado José, José de quien ha hecho el Evangelio el mejor de los elogios al llamarle justo. José era carpintero.

La unión de José con María era muy grande á los ojos de Dios, pero muy pequeña á los ojos de los hombres. La dote de María lo formaban simplemente sus virtudes.

Misteriosa y de un género desconocido fué la unión de esos dos corazones vírgenes, unidos por el juramento de esposos y permaneciendo vírgenes uno y otro. Así nos lo manifestará en breve María, en la respuesta que dará al ángel de la Anunciación. Ante los altares había hecho el voto de su perpetua virginidad, y el justo José, antes de unir su destino con el de la Virgen, había hecho la misma promesa, ó la hizo al obtener el consentimiento de María, ó una vez obtenido. Así lo indica el santo Evangelio. (*Math., I, 19*). Este matrimonio fué, pues, la alianza de dos virginidades que se unieron en el Señor.

Los profanos preguntan por qué contrajo entonces una unión secular. No comprenden los insensatos, los designios de la Providencia, que inspiró ese matrimonio que estaba decretado en el cielo desde la eternidad. Bajo el punto de vista de la naturaleza, debería enseñarse á los esposos que la unión conyugal consiste antes de todo en la unión de los corazones, y que puede conservarse en la virginidad, como existía antes del pecado original en el Paraíso entre Adán y Eva.

Jesús, virgen y sin esposa, parece ser una condenación del matrimonio; pero habiendo nacido de una virgen, que era á un tiempo mismo esposa y madre, nos manifiesta: Que el matrimonio es honroso, pero que lo es más todavía la virginidad. Bajo el punto de vista de la historia y de la profecía, creemos que entre un pueblo en el que sólo se conocía la genealogía de los hombres, era preciso demostrar que Jesús, miembro de la tribu de Judá, descendía directamente de David y de Abraham, como estaba predicho del Mesías. Bajo el punto de vista que se relaciona con el porvenir de María, era altamente conveniente que se viese protegida contra el rigor de la ley en su virginal maternidad por la ignorancia de todos y el testimonio del mismo José. Debía tener en sus penalidades un guía y un sostén, y en su indigencia un marido que la consolara participando de ella. Bajo el punto de vista que se relaciona con Jesucristo, el matrimonio preparaba un guardián á su débil infancia y como un padre adoptivo que ganaba el pan cotidiano de la familia, debía llevarle á Egipto y volver á traerle para enseñarle un oficio. Bajo el punto de vista de la redención entraba en el pensamiento de Dios ocultar al demonio el secreto

de la Encarnación del Verbo, que, según el oráculo de Isaías, debía nacer de una virgen. Nada más á propósito para conseguir este fin que ocultar bajo el velo de un matrimonio ordinario el nacimiento virginal de Jesús. Bajo el punto de vista de la regeneración humana, convenía que en María fuese realzada y santificada la condición de esposa, así como había sido rebajada y manchada en Eva. Ultimamente, bajo el punto de vista de la Iglesia, grande objeto de las esperanzas divinas, viniendo á ser fecunda la virginidad de María hasta el punto de dar á luz un Dios, presagiaba la fecundidad de los vírgenes de uno y otro sexo que harán renacer á Jesús en tantos millares de corazones.

¿No nos basta todo esto para conocer la sabiduría divina? María fué la primera que levantó el estandarte de la virginidad. Virgen antes, durante y después del parto de su divino Hijo, "su primer nacido," y su único, vino á ser la inspiradora y el modelo de todas esas almas generosas que renunciaron á los justos goces de este mundo para caminar libremente por las vías de la perfección, avasallando los sentidos y viviendo como los ángeles en una carne mortal. María, siendo esposa y viviendo virgen, enseña á los esposos á vivir temiendo al Señor y conservando la más estrecha unión; María, madre á un mismo tiempo que esposa y virgen, es modelo de madres y protege con su amor, que la gracia hizo sobrenatural y todopoderoso por la gloria, la inocencia de las vírgenes, la castidad de las esposas y la ternura de las madres.

Esto, que es un misterio social, nos da á un tiempo mismo una lección de virtud.

Dios crió á la mujer para dar al hombre una compañera semejante á él; la crió virgen y la hizo esposa. Pero en vez de ayudar á Adán, Eva le tendió un lazo funesto y le arrastró á rebelarse contra Dios. Fué madre y sólo dió á luz hijos culpables de un crimen hereditario; al darnos la vida nos dió juntamente la muerte. Vos ¡oh María! fuisteis la escogida para rehabilitar su sexo. Por esto sois la patrona de las vírgenes, de las esposas y de las madres. Por esto es por lo que, por secreto instinto y por un impulso universal de la gracia, las vírgenes, las esposas y las madres son las que más os aman. Oh María, dos veces inmaculada, sostenedlas por bien de todos á la altura de la regeneración cristiana. El hombre, que es el jefe de la familia y el que gobierna á los pueblos, es el que debe procurar el triunfo de la religión. Desgraciadamente arrastrado por su ambición y su deseo de gozar se olvida con harta frecuencia de un deber tan sagrado. Si no hubiese en la tierra más virtud que la de los hombres, pronto se rompería el equilibrio que existe entre la justicia y la misericordia. Por fortuna la paternal sabiduría de Dios ha previsto esto. Mientras existan en las naciones personas que conserven su virginidad; mientras se vea á las esposas cumplir fielmente con los deberes religiosos que su estado les impone, y á las madres desempeñar debidamente la dulce misión que la maternidad exige de ellas, jamás caerá la sociedad hasta el último grado de su abyección. Hasta las revueltas políticas son de corta duración cuando tienen por objeto destruir el orden social y especialmente la religión. La historia nos lo demuestra todos los días.

Dios ha permitido que obre la mujer sobre el hombre en la regeneración del mundo, porque tiene más pureza de corazón, y su pureza es el aroma que nos salva de la corrupción del mundo; inmensa es la acción que ejerce en el cristianismo. Virgen, edifica, instruye á los niños, consuela á los desgraciados, alimenta á los pobres y corrige los vicios; esposa, hace que su compañero practique la religión, y si la descuida lo vuelve á ella; madre, forma generaciones cristianas. Oh Dios mío, infinita es la sabiduría que brilla en vuestras obras todas y María no es sino un reflejo de ella.—(Monseñor Pavy, Obispo de Argel).

ARTÍCULO V

PLÁTICA VIII

EL CULTO DE MARÍA Y NUESTRA NECESIDAD DE AMAR.

Hoy veremos el culto de María bajo un nuevo aspecto; bajo el punto de vista de la práctica. Después de haber examinado las bellezas de este manantial de gracia, veremos cómo se derrama sobre los hombres para satisfacer su sed y llenar el vacío de su corazón.

Tres son las necesidades más grandes del hombre en la tierra: Amar, Esperar y Poder conseguir el objeto de su amor y de su esperanza. Nos ocuparemos ahora del amor en su relación con el culto de María.

¿Debo comenzar por deciros lo que es el amor? Sí, porque esta palabra, como todas las que están en todos los labios y en todos los libros, significa tantas cosas, que casi podremos decir que ha dejado de tener una significación propia. No es el amor, hermanos míos, esa pasión vulgar é impetuosa que más bien trata de gozar que de sacrificarse, que mejor quiere degradar que elevar el objeto de sus deseos; ese tirano egoísta y caprichoso que está siempre dispuesto á imponer su dominio y nunca á sufrir el martirio. Ese amor, hermanos míos, no es sino un